

Susana Martín Gijón

N Á U

F R A

G O S



Náufragos

Susana Martín Gijón

© 2020, Susana Martín Gijón

eISBN: 978-84-0920-207-2

Edición en formato digital: junio de 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Finalista XXXIV edición Premio Literario Felipe Trigo

Finalista I Premio La Trama

*Resultados aparte, la capacidad de creer plenamente en otro
es uno de los valores más bellos del ser humano.*

Haruki Murakami

Contenido

PRÓLOGO

NÁUFRAGOS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

He de confesar que no me sentí, en un principio, especialmente cautivado por esta propuesta tan tentadora y arriesgada de prologar un libro cuya autora es nada menos que Susana Martín Gijón. Vaya por delante que me une a ella un sólido vínculo cimentado no tanto en el hecho de compartir la afición a la escritura y los libros, como en su cordial trato personal colmado de empatía. Esa amistad tan límpida ha sabido vencer mis renuencias a aceptar esta tarea, que estuvieron alimentadas por mi recelo a no alcanzar la altura obligada en la presentación de un relato, aunque breve, con tantos desafíos denotativos.

Para mi provecho, pro-logar, —etimológicamente significa algo así como querer dar la razón—, resulta, por contra, una tarea sumamente grata, cuando se trata de encomiar la creatividad literaria de una persona con tanto talento como Susana Martín Gijón. Su modo robusto y directo de encarar con su pluma los retos narrativos más complicados nos topa esta vez resueltamente con los crímenes de un mundo corrupto, habilitado por unos seres que, como las estatuas de Glauco, estragadas por la intemperie de la gran urbe, acabaron mostrándose más como náufragos y bestias que como dioses. La historia humana de la sociedad californiana, señalada por Susana Martín Gijón, acabó por desfigurarlos. El infierno fueron los demás, para la agudeza crítica de la autora. Los demás, presididos por un patrón de experiencias internas y de comportamientos del eje de la afectividad —labilidad, intensidad y adecuación de la respuesta emocional—, del de las relaciones interpersonales y del control de los impulsos, alejados de sus expectativas culturales. Al igual que el bosque moldea los árboles, el contexto sociocultural disfuncional y marginal hace otro tanto con el carácter de los ciudadanos. Y es que vivir no es enteramente ser, sin más, sino ser algo o ser alguien. Ser simplemente conduce de manera inexorable a la depauperación de la persona hasta sumirla en el espécimen de individuos flotantes o náufragos, según la sagaz expresión de Gustavo Bueno. Vivir es por lo tanto estar en peligro, como los personajes del relato seductor de Susana Martín Gijón. Y es que, a fin de cuentas, nadie se pasea impunemente bajo las palmeras, como dijera Goethe.

Más que indagar en torno a cómo fue cada crimen, a la autora le interesa saber por qué ocurrió, es decir, siempre puso el énfasis no en quien disparó o acuchilló sino en quien proveyó al asesino de la bala o del estilete. Las estatuas de Glauco fueron víctimas de las inclemencias del tiempo, pero los seres humanos que discurren por la ficción narrativa de *Náufragos* lo fueron, en cambio, de las contradicciones y ambigüedades de una sociedad anómica. La lógica que se nos presenta detrás de los crímenes parece muy elemental, pero el crimen nunca debe entenderse como un “juego lógico”. En este relato palpitante lo criminal no es más que una parcial dimensión narrativa de un empeño más holístico y abierto. La autora acierta en señalar con buen tiento, ágilmente, los males de la jungla de la gran ciudad. Convertida en la protagonista principal, una mujer duramente golpeada en aquella fronda humana pero nunca vencida, nos narra en primera persona el caldo de cultivo en el que se desenvuelven los comportamientos anormales, las violaciones, las agresiones y las muertes. Ella, la protagonista, se nos muestra con el brillo de las florecillas de las petunias silvestres ocultas entre los canchos de las pedrizas de la

sierra, allí donde apenas hay vida, como acontece en la urbe. La exultante provocación del delito explícito, desnudo, sin paliativos, violenta por fuerza la conciencia íntima del lector.

La novela combina de manera acertada una narración brillante de estilo directo, nada retórico, un argumento sugestivo para una historia culminante y una secuenciación temporal sin digresiones ni paréntesis. A nadie dejará indiferente su lectura. Junto a otras particularidades, están presentes en la obra —*tanatos y eros*, muerte y vida— los cruentos sucesos propios de la novela negra, acomodados al característico racionalismo narrativo inglés, caminando al par de ciertas dosis de erotismo al más puro estilo del británico Ian Fleming, el creador de James Bond.

Vázquez Montalbán confesaba que las novelas policiacas basadas en el desvelamiento de un enigma eran poco más que un crucigrama en cuya resolución se implicaba al lector. Susana Martín Gijón, mucho más ambiciosa, se nos presenta como una fecunda escritora narrativa pluridimensional, comprometida con la realidad social de su tiempo, la situación de la mujer, las desigualdades sociales, la violencia indiscriminada, el poder y la dominación espurios. ¿Será posible que sus palabras siembren semillas de solidaridad y empatía para construir poco a poco una sociedad mejor?

Víctor Guerrero Cabanillas

NÁUFRAGOS

UNO

La primera vez que vi a Emma era una cálida mañana de septiembre. O al menos, ésa fue la primera vez que fui consciente de verla. Es probable que me la hubiera cruzado muchas veces, que hubiera pasado por delante de ella en mi camino hacia el trabajo, una más entre las decenas de *homeless* que atestaban las templadas calles de San Francisco.

Pero aquella mañana era diferente. Salí cabreada del edificio en el que había entrado hacía apenas media hora, y eché a andar sin rumbo fijo. A los pocos minutos el acaloramiento me hizo darme cuenta de que caminaba a toda velocidad. Me obligué a ralentizar el paso y eso hizo que también lo hicieran mis pensamientos. Poco a poco, la indignación y el disgusto dieron paso a un estado más reflexivo, que permitió asomar a la tristeza. Miré a mi alrededor, y ahí estaba ella. Sin pensar en lo que hacía, me apoyé en la desconchada pared y me dejé caer a su lado. Saqué el paquete de tabaco del bolso y le ofrecí un cigarrillo.

—Está mal visto fumar en este país —me soltó sin siquiera mirarme. Me cayó bien al instante. Una vagabunda errante, perteneciente al colectivo que más recelos, prejuicios, aprensión suscita. Y encima, mujer. Si debía haber algo peor que ser una persona sin techo en los Estados Unidos de América, eso era ser una mujer sin techo. La discriminación se acentuaba, así como seguramente también lo harían los peligros y dificultades que tendría que soportar. Sin embargo, “esa” mujer sin techo se permitía darme lecciones sobre lo que estaba mal visto.

Permanecemos allí varios minutos sin dirigirnos la palabra. Yo fumando compulsivamente, ella sin inmutarse, pensando quién sabe qué y dejando pasar el tiempo. Después yo empecé a hablar. Quiero pensar que también le caí bien, aunque lo cierto es que probablemente me considerara una niña tonta, una mimada que había sufrido un revés puntual en su acomodada vida y lo dramatizaba como solo hacen quienes carecen de verdaderos problemas.

—Me han echado del trabajo —le confesé—. Y me siento como una imbécil. Los cinco últimos años de mi vida lo he dado todo por esta empresa. He sacrificado mi vida personal, las vacaciones, los fines de semana, cada rato libre... hasta mi última y malograda relación de pareja. Y, ¿para qué? Para que ahora me den la patada sin ninguna explicación. Y me quede sin nada.

Aquella mujer seguía imperturbable, sin mostrar ninguna aparente señal de estar escuchando. Solo su perro parecía hacerlo. Un pobre chucho sin raza, negro y pequeño, y feo, feo como él sólo, de esa forma en que la fealdad parece ir de la mano de la pobreza, adherirse a ella como si no fuera ya suficiente con no tener donde caerse muerto. Me observaba con mirada afable, quizá preguntándose qué me había llevado a dirigir aquella verborrea desatada a él y a su dueña. Pero yo había abierto un grifo que no podía dejar de manar amargura.

—Y, ¿sabes de qué me he dado cuenta? De que no importa lo que te esfuerces, no importa que intentes hacer las cosas bien ni cuánto sacrifiques por el camino, sino que lo único que cuenta es estar en el lugar adecuado, hacerte amiga de las personas indicadas, saber hacer la pelota cuando y a quien toca... Al largarme de España pensé que me alejaba para siempre del sistema de amiguismos, creí ingenuamente que venía al país de las oportunidades, del *self-made*

man, o *self-made woman* en este caso, qué más daba, donde el trabajo duro y la voluntad eran los únicos ingredientes para fabricarme una vida de éxito. Pero a lo largo de estos años he visto a muchos otros pasar por encima de mí. Niños de papá con MBA en Harvard o en Yale y abrazafarolas que han sabido arrimarse al sol que más calienta en el momento oportuno. No, definitivamente el sueño americano no es tan bonito como lo pintan, al menos no para una extremeña como yo. Los restos de sangre conquistadora de mis ancestros debieron diluirse en pasadas generaciones. Así que ahora estoy sin nada, y no sé qué haré, ni cuánto tardaré en dar con otro trabajo el que me exploten de nuevo. O quizá no lo encuentre y tenga que regresar a mi país, donde las pocas ventajas que había se están perdiendo y como emigrante que soy, ya no tendré derecho ni a nuestro antaño vanagloriado sistema de previsión social. Y entonces te vi a ti y pensé: ¿Es así como comienza todo? ¿Y si no soy capaz de remontar? ¿Y si las oportunidades se han acabado para mí, y termino como ella? ¿Acaso soy más o mejor, o sólo tuve más suerte hasta ahora? Y perdóname, pero reconozco que únicamente me he fijado en ti por eso, por puro egoísmo. Porque hoy he comprendido que el trabajo y la voluntad no bastan, y cualquiera puede acabar como tú.

Callé, y por primera vez me observó. No había en sus ojos indicios de desagrado por mi actitud egocéntrica, ni siquiera de indiferencia. Más bien una sombra de curiosidad. Eso también me gustó. Que aquellos ojos que sin duda habían visto tanto, conservaran aún la capacidad de sentir curiosidad por una estúpida como yo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le solté a bocajarro.

Ahora su mirada se tornó desdeñosa, una leve sonrisa cargada de ironía afloró a sus labios. Me sentí en la necesidad de explicarme.

—Quiero decir, si hay algo que pueda hacer por ti, alguna cosa que te haga falta. Una comida caliente, algo de beber quizá...

Hablar tan rápido y sin pensar es un defecto que me ha acarreado no pocos disgustos. Aquella mujer no tenía un pelo de tonta, y pilló al vuelo lo que había pasado por mi cabeza.

—Tenemos fama de beber mucho, ¿no es así? —vio mi expresión de niña cogida en falta y su rostro se suavizó, sin perder un fondo de amargura en sus bonitos ojos azul turquesa (entonces reparé en ellos)—. Y lo cierto es que nos la hemos ganado a pulso. A veces es la única forma de soportar esto.

Ahora fui yo quien no supe qué contestar y permanecimos unos minutos más la una al lado de la otra, sin mirarnos. El chucho se me acercó, se tomó su tiempo en olisquearme con parsimonia y finalmente pareció que el resultado de su juicio me era favorable. Se tumbó junto a mí, en el espacio que había entre ambas. Ella le contempló, pude ver ternura en su expresión, y supe que fue aquello lo que la decidió a confiar en mí.

—En verdad sí hay algo que me gustaría —confesó casi en un susurro.

—¿De verdad? Dímelo, por favor. Me siento fatal, y si al menos puedo ayudar, ahora que aún puedo permitírmelo...

—Hay un restaurante junto al Muelle 39 —atajó lo que se veía venir como un nuevo arrebatado de victimismo—. Es una hamburguesería muy pintoresca, ambientada en los años cincuenta, con música de gramola y camareros uniformados de la época. ¿Sabes a cuál me refiero? Sería maravilloso poder comerme una de aquellas hamburguesas otra vez. Hace tanto de aquello...

Su expresión se tornó melancólica. Asentí, contenta de poder hacer algo por aquella mujer.

—¿Ahora? —eché un vistazo al reloj con extrañeza. Eran poco más de las diez de la

mañana.

—Cariño, hace años que no es precisamente del horario de lo que dependo para comer.

De nuevo avergonzada por mi inoportuno comentario, me puse en pie, la ayudé a levantarse y nos encaminamos hacia el muelle, a pocos minutos de allí. Hacía un día soleado y la temperatura era agradable. Paseamos inhalando la brisa marina, deleitándonos con el característico olor a mar hasta alcanzar el restaurante, que por suerte estaba habituado al ritmo de vida turístico y funcionaba las veinticuatro horas.

Al llegar miró al perro.

—Tom, quédate aquí.

El chucho pareció entenderla sin la menor vacilación. Se sentó resignado y se dispuso a esperar.

Ya dentro, pedí un batido de chocolate que sorbí cansinamente mientras ella degustaba su hamburguesa con pepinillos y extra de queso. Lo hacía paladeando sin ninguna prisa cada bocado, pero sin molestarse tampoco en iniciar una conversación. Se la veía concentrada en lo que estaba haciendo, dispuesta a que nada más pudiera perturbar aquel momento. Cuando terminó, pidió un helado de grifo, de esos que se cargan en cascada hasta que parece que van a derrumbarse, y lo fue sorbiendo despacio con una sonrisa infantil y una infinita cara de felicidad, transportada a un momento diferente, sin duda muy lejano.

Aproveché para observarla disimuladamente.

Por la energía que emanaba de ella me había parecido más joven, pero ahora que podía ver su rostro de cerca intuí por los surcos que lo recorrían que debía haber superado la franja de los sesenta años. Me estremecí. Antes de que yo naciera aquella mujer ya debía haber experimentado la mitad de su vida.

Reparé después en sus manos, atareadas aún con el helado, finas y elegantes, con gráciles dedos de nudillos muy marcados y rematadas en unas uñas ovaladas que debieron ser motivo de admiración de más de una manicurista, pero que aparecían ahora terriblemente estropeadas. El cabello, liso a la altura de los hombros y de un distinguido tono gris plateado, se mostraba grasiento y apelmazado, y sin embargo, había logrado componérselo de forma que mantuviera una apariencia más o menos digna de peinado.

A pesar de la inevitable suciedad y deterioro de una persona sin techo, no reflejaba el abandono del físico al que conlleva la consecuente desidia, y deduje de ello que debía haber sido una mujer coqueta y que, pese a las circunstancias, aquella característica nunca la había abandonado del todo.

No sé si fue esa observación la que me impulsó, o tan sólo mi deseo de no sentirme sola en un momento como aquél, pero como me ha ocurrido en lo que después, mirando hacia atrás, han resultado ser los mejores momentos de mi vida, actué tal y como sentí, sin reflexionar ni ponerme a pensar en posibles consecuencias, riesgos, problemas, que me frenaran en mi deseo.

—¿Te gustaría ducharte? —le espeté cuando hubo concluido su comida.

Me escudriñó durante un tiempo sin contestar a mi estrambótica pregunta, posiblemente tratando de averiguar la causa que la había propiciado. Solo entonces, al ser consciente de lo que podía interpretarse, me precipité a justificarme.

—Para sentirte mejor, quiero decir. No hay nadie en casa. Compartí apartamento con otra chica durante un tiempo, pero hace unos meses se mudó a vivir con su pareja, y como podía permitirme pagar el alquiler completo no me apeteció buscar a nadie más. Así que vivo sola, por

eso no tienes de qué preocuparte.

Aún pasaron unos momentos antes de que contestara. Miró a un lado y a otro en busca de algo, con una sonrisa amarga asomándole a los labios.

—¿Qué es esto, un *reality show* de esos que tanto le gustan a los californianos? ¿He sido agraciada con un poco de piedad cristiana? ¿Y qué tocará después, llevarme a una peluquería de diseño y a una boutique de lujo para embutirme en un último modelo y presentar a la audiencia el magnífico resultado con el “antes” y el “después”? ¿Es eso?

Ante aquel torrente de sarcasmo fui yo misma consciente de mi actitud absurda.

—No, no. Lo siento. Solamente quería darte la posibilidad de... Da igual. Me he dejado llevar por mis emociones. Supongo... supongo que no quiero quedarme sola hoy y he tratado de utilizarte.

—Llevo mucho tiempo viviendo en la calle, ¿sabes? —sostuvo una mirada desafiante—. Y he sobrevivido. De modo que no creo que tenga necesidad de tus atenciones precisamente ahora. Guárdate tu compasión para otra causa.

Asentí azorada. Pedí la cuenta y pagué las consumiciones. Después nos quedamos ahí las dos calladas, sin ganas de separarnos pero con demasiado orgullo ambas como para iniciar una nueva conversación. La camarera miraba de reojo de vez en cuando la extraña pareja que conformábamos. Al final fue ella quien se levantó.

—Tom lleva mucho tiempo solo. Un placer haberte conocido. Me llamo Emma.

—Encantada —musité, aún sin moverme.

—Y gracias por el ratito y por la hamburguesa y el helado. Me han trasladado a un pasado mucho más amable.

La observé marchar, erguida y segura de sí misma, arrastrando tras de sí un sinfín de interrogantes. No podía dejar de preguntarme qué habría llevado a una mujer como aquella hasta aquel destino. Y fue probablemente en ese justo momento cuando mi propio destino cambió también. Me propuse averiguarlo y, en lo que estuviera en mi mano, enmendarlo. Volvía a tener un objetivo en el que canalizar mis energías.

DOS

Confieso que a veces mi voluntad flaquea. Es quizá uno de mis principales defectos. Mi madre siempre me dijo que conseguiría cualquier cosa que deseara... si no cambiara tanto de opinión.

La determinación con que había decidido dedicarme a ayudar a Emma, quisiera ella o no, quedó pronto en una posibilidad latente que ya abordaría. Mis primeros días sin responsabilidades los dediqué a vagar. ¡Cuánto hacía que no me consagraba a esa maravillosa tarea! Los horarios de trabajo americanos son infinitos, por mucho que digan que los de la costa oeste nada tienen que ver con los neoyorquinos. Trabajaba un mínimo de diez u once horas diarias, y a un nivel que no me dejaba energía para emprender nada más el poco tiempo que me restaba libre.

De modo que pasar a despertarme sin la perentoria imposición de una estridente alarma, haraganear en la cama a falta de un objetivo que me impulsara a levantarme hasta que mis tripas rugieran erigiéndose en dueñas de la situación, prepararme pausadamente tostadas con café de verdad, nada que ver con el aguado que vendían en cualquier puesto de paso a la oficina, y pegarle sorbitos mientras miraba sin ver la televisión, rellenando de nuevo el tazón al acabar, hasta que mi mente comenzara a proyectar a qué dedicaría la jornada, fue para mí un conjunto de pequeños detalles cotidianos demasiado atrayentes como para no caer rendida a la tentación.

Y lo que mi mente proyectaba no era nada del otro mundo. Pasarme el día recorriendo los escaparates de las tiendas de lujo en *Union Square* soñando con los productos que nunca me podría comprar, subir hasta las colinas de *Twin Peaks* para deleitarme con las impresionantes vistas de toda la ciudad, o sentarme en un banco del *Golden Gate Park* a leer un buen libro con el mítico puente de intenso bermellón al fondo mientras los rayos me acariciaban con esa suavidad que solo domina el sol californiano, templándote sin llegar nunca a abrasarte.

Pero incluso los placeres más gozosos dejan de serlo por la fuerza bruta de la repetición, y un día en que el hastío ya comenzaba a hacer mella en mí, aunque no tanta como para inspirarme la energía suficiente para replantearme mi vida, mis paseos me llevaron al Muelle 39. Al quedarme observando a los leones marinos retozando con alborozo, indiferentes ante las hordas de turistas que les fotografiaban, evocé la misma escena, el mismo trayecto que había recorrido junto a Emma camino de su anhelada hamburguesa, y ese recuerdo hizo que aquella lejana determinación regresara a mi mente.

Rememoré a la digna señora de azulados ojos sabios que tanta impresión me había causado y de repente sentí añoranza. ¿Qué habría hecho durante todos aquellos días? Probablemente nada especial, lo mismo que llevara haciendo durante años. Sin embargo, la atracción de aquel primer encuentro volvió a apoderarse de mí y giré sobre mis pasos en dirección a las oficinas de mi anterior trabajo, ruta que había evitado conscientemente desde entonces por temor a encontrarme con alguno de mis ex compañeros.

Al llegar comprobé que Emma no estaba en la esquina donde me sentara junto a ella. Recorrí las manzanas más cercanas. Algunas se encontraban desiertas, más allá de la gente de

paso que miraba sin ver, cómo yo había hecho en tantas ocasiones. En muchas otras había hombres y mujeres en la misma deplorable situación. De pie, tumbados o sentados, algunos dirigiéndose a las personas que transitaban en la esperanza de que les cayera algún dólar, la mayoría simplemente dejando pasar el tiempo.

Tras una infructuosa hora de búsqueda, acabé en la primera esquina de nuevo. Observé al chico que la ocupaba, un joven de aspecto desaseado y mirada extraviada que se dejaba caer sobre unos viejos cartones. Junto a él, un destartado carrito de supermercado contenía apiladas sus escasas pertenencias.

—¿Has visto a Emma?

No se dignó siquiera a prestarme atención.

Lo repetí con más fuerza, elevando el tono.

—Eh, tú, digo que si has visto a Emma.

Ahora sí me miró, o mejor dicho, me repasó de arriba abajo con total desfachatez.

—No sé quién es. ¿Vas a darme algo o qué?

Busqué en mi cartera un billete de diez pavos y se lo alcancé. Lo apresó con avidez.

—La señora que ocupaba esta esquina —insistí.

—¡Esta esquina es mía!

—Pero...

—¡Te digo que es mía! Lárgate, estúpida.

Me quedé observándole, insegura. Mi tozudez me impedía marcharme. Al comprobar que no me movía, me contempló con una sonrisa burlona que mostraba la desagradable visión de una dentadura consumida por la cocaína y renegridas mellas donde una vez debió haber fuertes y níveos incisivos. Acentuando su perversa mueca como si disfrutara con ello, añadió:

—Me dijo que si volvías te echara de aquí.

—¿Emma? ¿Emma te dijo eso? No puede ser, no es verdad, no es verdad, no es verdad— renegué sumida en una especie de mantra fruto de la decepción.

—Ya me has oído. Déjame en paz. ¡Vete! Y no vuelvas.

Me lanzó una mirada tan enconada que me hizo estremecer. Pude vislumbrar un odio infinito escondido tras sus ojos que podía revelarse en cualquier momento, por lo que más valía obedecer y ponerse a cubierto.

Aquel día volví a casa desilusionada, pero aunque la voluntad y la perseverancia no formen parte de mi abanico de virtudes, sí tengo en cambio algo que me ayuda a compensarlas: no soporto el rechazo.

TRES

Un par de semanas después me conocía todos los lugares de paso de los indigentes de San Francisco.

Aunque en esos momentos no me daba cuenta, ya entonces comenzaba a operarse un cambio sustancial en mí. Siempre había tratado de mantenerme fuera de la calamidad, la pobreza o las miserias, como una especie de escudo, de defensa personal. Cuando en las noticias emitían imágenes de guerras o de niños malnutridos, cambiaba automáticamente de canal. Cuando fallecía el familiar de algún amigo, le enviaba mis condolencias junto a flores o algún otro detalle y me excusaba para no tener que acudir al sepelio. Cuando, en fin, las desgracias pasaban cerca de mí, yo cruzaba a la acera de enfrente.

No es que fuera una insolidaria, no os vayáis a pensar. Ni que me diera igual el resto del mundo. Lo que ocurre es que no le veía sentido a padecer por algo que yo no podía cambiar. A mi manera, aportaba mi granito de arena, o así lo veía yo. Donaba regularmente la ropa que ya no usaba, daba propina a la gente que tocaba música en el metro, dejaba algún paquete de arroz en los mercadillos solidarios, e incluso una vez hice un ingreso ante un huracán que desoló una bella isla asiática. El problema era que me asustaba acercarme a la desgracia, como si ello pudiera contagiarse, y también porque estaba convencida de que me haría sufrir, y era más fácil protegerme de ella manteniéndome lo más lejos posible.

Y no puedo decir que no me faltara parte de razón. Porque cuando comencé a acercarme a esas personas, cuando perdí el miedo a mirarlas a los ojos y afrontar su desconuelo, cuando algunas de ellas por fin comenzaron a confiar en mí y contarme sus historias, sufrí. Claro que sufrí viendo las carencias con las que tenían que sobrevivir, claro que me fui a casa muchos días sin poder dormir al conocer su triste pasado, y sin embargo, un sentimiento diferente, desconocido, fue germinando en mí. Un vínculo especial con todas esas personas, como si todos estuviéramos conectados de alguna forma. Sonará extraño, pero sentía que el ser humano no era un sinnúmero de individualidades como nos han enseñado a creer y a comportarnos, sino un concepto mucho más global, y era ese concepto global el que estaba fallando. Sentía que si contribuía a mejorarlo, me mejoraba también a mí misma. Me redimía. Por eso, aunque padecía con sus historias, percibía al mismo tiempo su alivio al contarlas, y eso me consolaba a mí también.

Comencé a colaborar en un refugio para indigentes de *Tenderloin*, uno de los barrios más temidos de San Francisco. Iba cada mediodía a echar una mano sirviendo la comida. Hordas de los más distintos personajes se aglutinaban en desordenadas filas cuando se acercaba la hora, aguardando para recibir la que sería probablemente su única ración de alimento diario. Algunos con aspecto feroz, otros de apariencia tímida o avergonzada, muchos totalmente idos hablando entre dientes, pero la mayoría con desconfianza, la desconfianza del miedo, la misma que hacía que las personas con un techo bajo el que guarecernos rodeáramos las calles del centro que conformaban el inquietante barrio. Ahí fue donde me di cuenta que el miedo era mutuo, recíproco, y empecé a perderlo. Y al despojarme de él y devolverles una mirada limpia, poco a

poco comenzaron a fiarse de mí.

Desde pequeña me habían enseñado que cuando te cruzas con un vagabundo, tienes que dirigir la vista al suelo o al frente, pero jamás mirarle a los ojos. Nada más absurdo. Si lo haces, solamente confirmas tu desconfianza, tu desprecio, o incluso tu aprensión. Hay que mirarles de frente, y entonces, solo entonces, puedes ver a través de sus ojos lo que esconden. Al hacerlo, les mostrarás tu respeto, y ellos empezarán también a respetarte.

Para mí aquél fue un periodo muy gratificante. Sabía que no podía vivir así por mucho tiempo, pues el trabajo que realizaba era totalmente altruista y tarde o temprano tendría que volver a plantearme generar ingresos, antes de dilapidar los pocos ahorros que mis años de esclavitud profesional me habían propiciado. Pero por el momento me limitaba a vivir el presente y aprender de él, absorbiendo cada nueva experiencia.

Me seguía acordando mucho de Emma, y de vez en cuando me preguntaba por qué se había escondido de mí, por qué había querido evitarme. Pero no había rastro de ella.

Una tarde me quedé hablando más tiempo de la cuenta con Josephine, una chica de mi edad asidua al refugio, que solía estar bastante colgada pero andaba en uno de sus momentos lúcidos. Esos pocos ratos era una muchacha despierta, de ojos vivaces y conversación interesante. Le apasionaba la Historia, y lo mismo me hablaba del imperio azteca que de la guerra de la independencia de los Estados Unidos. Me encantaba escucharla con ese entusiasmo momentáneo que derrochaba y aprender de ella.

Se me hizo algo tarde, y al salir del centro la noche había caído ya. Unos meses antes habría dado cualquier rodeo con tal de no pisar por aquellas calles a esas horas, pero ya no me atemorizaban. La mayoría de las personas que habitaban la zona tan solo querían que las dejaran en paz. La noche era de una oscuridad densa, a lo que contribuían las nubes que con frecuencia se agarraban a la bahía, y como suele suceder en los barrios más pobres, la iluminación no entra dentro de los lujos que se puedan permitir. Solo la escasa luz de algún farol solitario me ayudaba a ver por dónde andaba. Iba caminando por una callejuela cuando sentí pasos detrás de mí. Miré y distinguí a unos metros la sombra de un hombre que me seguía. Ya entonces percibí que algo no iba bien. Mis tripas me lo dijeron, y si algo he aprendido a lo largo de mi existencia, es que tienes que fiarte siempre de lo que te digan tus tripas. Aciertan mucho más que cualquier argumento racional que podamos crear a nuestra conveniencia. Aceleré el paso y él lo aceleró también. Entonces empecé a ponerme nerviosa. Quizá no debí haber echado a correr, porque el miedo acentúa el deseo del cazador, pero lo hice y él corrió tras de mí. Era joven aún, y no tuvo dificultad en alcanzarme. Me agarró por los hombros.

—¿Qué quieres? —le grité con voz firme, tratando de ocultar el pánico que sentía.

Él no habló, tan solo me miró con expresión de deseo. Observé sus ojos desencajados, fuera de sí. Al apretarme contra él noté que estaba empalmado y presagié lo que estaba a punto de suceder. Grité y forcejeé con todas mis fuerzas, pero era mucho más fuerte que yo. Su aliento apestaba a alcohol y tenía una taimada sonrisa dibujada en los labios. Trató de desabrocharme lo que por suerte eran unos vaqueros bastante ajustados. Aullé y lloré en la frustración más absoluta mientras sentía que iba ganándome la batalla por minutos, logrando desembarazarse de mi pantalón, lo suficiente como para quedar expuesto lo que quería obtener de mí. Me mantenía los brazos y piernas bloqueadas con las que no conseguía más que un estéril pataleo. Haciendo acopio de valor, me lancé sobre él en un acto desesperado y le mordí en la oreja con todas mis fuerzas. Noté cómo sesgaba un trozo viscoso de carne y lo escupí con repugnancia. Gritó de dolor y creí que aflojaba, pero no fue suficiente como para poder soltarme. Se recompuso un segundo después, y me soltó tal puñetazo en la cara que creí que iba a perder el sentido. Notaba

la sangre caliente brotando de la nariz, y su sabor metálico se mezclaba en mi boca con el de la sangre de mi agresor.

Sabía que mi única opción era no flaquear, y continué forcejeando, pugnando por alejar su cuerpo del mío, sacando fuerzas de donde no creía tenerlas. Así seguimos no sabría decir por cuánto tiempo, él conquistando un territorio que no le pertenecía, yo negándome a aceptar una derrota, hasta que de repente dejé de sentir su presión. Tardé unos segundos en reaccionar. No se movía, y todo su cuerpo caía inerte sobre mí. Le empujé y cayó al suelo pesadamente. Me limpié la sangre y el sudor que me nublaban la vista y entonces la vi, a pocos metros de mí, aún sosteniendo la baldosa con que le había golpeado.

Miré desconcertada al hombre. Un charco de sangre espesa comenzaba a formarse junto a su cabeza empapando la enmarañada cabellera, y el pánico que hasta entonces había sentido se transformó en un fortísimo dolor de cabeza y unas náuseas que me hicieron vomitar allí mismo. Expulsé todo lo que llevaba dentro, y aún me encontraba en estado de shock cuando la escuché.

—No deberías ir sola de noche por estas calles —su voz serena y calmada me devolvió a la realidad.

—Emma. Está.... Está muerto —balbucí.

Asintió con indiferencia.

—Ahora vamos —conminó—, vete a casa y límpiate.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Yo me encargo de todo.

CUATRO

Ni que decir tiene que esa noche no pude conciliar el sueño.

Obedecí sumisa las instrucciones de Emma, que sí parecía tener el control. Me metí en la ducha, donde dejé que el agua caliente se deslizara sobre mí durante lo que se me hicieron horas. Me froté todo el cuerpo con saña, y ya al borde de la extenuación, salí del baño para meterme en la cama directamente envuelta en el albornoz, sin fuerzas siquiera para ponerme el pijama. Allí me quedé llorando en silencio. ¿Cómo se había desencadenado todo aquel sinsentido? Tras tanto buscarla, Emma había aparecido por fin, y lo había hecho para salvarme de haber sido violada y quién sabe qué más. Pero ahora había un hombre muerto. Ella le había matado y yo era su cómplice, y mis huellas estaban por todas partes.

A las cuatro de la mañana el sonido del timbre me sobresaltó. No era el del portal, sino que sonaba arriba, en el descansillo. Había alguien al otro lado de mi puerta. Sin encender las luces, me levanté sigilosamente y me planté en el recibidor, mirando con aprensión la puerta cerrada. Sonó de nuevo, y pegué un brinco. Todo mi cuerpo temblaba. Incapaz de reaccionar, imaginé que sería la policía que venía para detenerme y traté de pensar en cómo salir indemne de aquel embrollo, pero entonces una voz conocida, tan delicada y serena como siempre, rasgó el silencio nocturno.

—Abre la puerta. Soy Emma.

Visto desde ahora, aquella fue quizá una de las mayores imprudencias que cometí. Acababa de presenciar cómo una mujer desconocida asesinaba a un hombre a sangre fría y no se me ocurría otra cosa que abrirle la puerta de mi casa en mitad de la noche. Pero lo hice. Y mi vida cambió con ello.

Ella pasó con decisión.

—Tenemos que conversar sobre lo que ha ocurrido esta noche.

La miré, aún paralizada por el terror. Mi exagerada verborrea de otros tiempos se había visto improvisadamente silenciada. Ella en cambio, permanecía inmutable. Igual de erguida, de digna, de tranquila. Tomó asiento en mi sofá, me pidió un vaso de agua, y solo después de haberle dado el primer sorbo, comenzó a hablar.

—Era un indeseable. Estuvo unos años encerrado por violación, pero cumplió su condena y volvió a las andadas. Recuerda su cara, ¿te suena del refugio al que vas, o de algún otro lugar donde recala la gente que no tiene nada? ¿No, verdad? Y la forma en que iba vestido, ¿tenía la pinta de quien lleva meses en la calle?

Cabeceé pausadamente.

—Acude a ese barrio por las noches en busca de una víctima solitaria, de alguien lo suficientemente vulnerable y desprotegida que no se atreva a denunciarle. Después se vuelve a su casita como si nada. Hacía ya tiempo que le tenía echado el ojo.

CINCO

Y así, de la manera más simple y dramática, fue como averigüé el misterio de Emma. No fueron necesarias complicadas investigaciones dignas de detectives privados ni estrategias novelescas de película de suspense, sino que a través de aquel trágico y azaroso suceso, conocí su oscuro secreto.

Pero primero Emma, mujer pragmática donde las haya, abordó la parte más práctica. Me informó de que se había deshecho del cuerpo y con él de cualquier vestigio que pudiera relacionarlo conmigo, a fin de que yo conservara la calma sabiendo que nadie iba a venir a buscarme. A partir de ahí, mi cometido era muy simple. Callar. No contarle jamás a nadie lo ocurrido. Y con ello, poner los medios para que nadie lo averiguara tampoco por sí solo. Aislarme en casa hasta que la hinchazón de la cara y los cardenales que le seguirían desaparecieran por completo. Dejar de acudir por una temporada al barrio. Y olvidar. Recluirlo en el último rincón de mi conciencia, hasta que con el tiempo pareciera un mal sueño, y llegara el momento en que no lo sintiera como algo real, como algo que, efectivamente, me hubiera sucedido a mí.

Hasta ahí, mal que bien, digamos que dominé la situación. Me limitaba a asentir y escucharla con mirada vacía. Pero de repente, sin previo aviso, fui presa de un tremendo ataque de ansiedad. Se me vino todo encima. Sentí que me faltaba el aire, una angustia inmensa se me alojó en el pecho oprimiéndolo con fuerza y mi cuerpo comenzó a temblar de forma incontrolable. Sin siquiera darme cuenta empecé a sollozar convulsiva, desconsoladamente, y ya no pude parar. Lloraba y lloraba y lloraba como si una válvula largamente obstruida se hubiera desatascado liberando toda la tristeza y la angustia del universo. Me miró sorprendida sin saber muy bien qué hacer. Pero yo continuaba en estado de histeria, y supongo que ante eso tenía dos opciones. La primera era soltarme tal hostia que me despejara y me devolviera a la sensatez. Por fortuna para mí, que de golpes ya iba bien servida aquella noche, escogió la segunda. Se acercó y me abrazó con dulzura. Me susurró que todo estaba bien, que de hecho estaba mejor que nunca, que un ser despreciable había desaparecido de la faz de la tierra y ahora ya no podría hacer daño a chicas como yo. Me habló de que a veces las cosas no salen como esperamos ni como hubiéramos deseado, pero no podemos volver atrás, sino solo mirar hacia delante y seguir con nuestras vidas. Sus bondadosas palabras lograron apaciguarme poco a poco.

—Estas cosas no salen bien —gimoteé cuando fui retomando el control—. Nos atraparán y nos meterán en la cárcel.

—No, no lo harán —aseguró Emma—. Sé de lo que hablo.

SEIS

Aún hoy se me escapa cómo pude llegar a entenderla, cómo pude acabar entrando en su juego. Pero lo hice. Supongo que su historia me conmovió. Me había ido acostumbrando a escuchar las tragedias personales de muchas personas, pero nunca como aquélla. Golpes de mala suerte, deudas que iban en aumento hasta perderlo todo, adicción a la bebida o al juego que absorbía para acabar siendo lo único, peleas familiares que desencadenan la huida y el abandono... Sucesos que daban al traste con una vida corriente y desataban la desgracia.

La historia de Emma es mucho más terrible. Es de esas que ponen los pelos de punta, que hacen preguntarse cómo el ser humano puede encerrar tanta crueldad. Yo, que había, pese a todo, comenzado a creer en mi teoría de la bondad global.

Cuando conoces al hombre de tu vida, al más guapo, dulce e inteligente que pudieras soñar y te enamoras perdidamente de él, que te corresponde con ese mismo amor, cuando cumples el sueño de tu infancia casándote con él en una celebración maravillosa acompañada por todos tus seres queridos y juras ante tu dios que permanecerás hasta la muerte a su lado, cuando creas junto a él lo más extraordinario, lo más perfecto que pueda existir, otro pequeño ser humano, te vuelves irremediabilmente ciega. El amor infinito que sientes, hacia ese pequeño ser y hacia el hombre que te lo ha dado y lo cuida y protege junto a ti, trae consigo una ceguera prácticamente imposible de curar. Y Emma estuvo ciega durante mucho tiempo. Incluso cuando Esteban, su marido, comenzó a hacer gala cada vez con más frecuencia de repentinos cambios de humor, mostrando un temperamento explosivo que durante su noviazgo y primeros años de matrimonio no había salido a relucir, y que solía tener como diana a la pequeña, con quien alternaba una personalidad dulce y paciente con ataques de intolerancia y amenazas. Pero lo atribuía a que nunca se manejó bien con los niños, y a que la chiquilla le hacía perder la paciencia. Ni siquiera cuando la veía temblar ante sus arrebatos sospechó nada más allá.

Para cuando se quitó el velo de los ojos ya era demasiado tarde. Después, mirando hacia atrás, sería capaz de captar todas las señales que a lo largo de los años no supo ni quiso ver. Incluso tendría que admitir que algo en su interior sabía que no iba bien, algo que, aunque le impedía reaccionar, sí le llevó a negarse rotunda e inexplicablemente a tener más hijos ante la reiterada insistencia de su marido, como le llevó a centrarse más en su trabajo, para evitar la realidad que podría encontrarse en su propio hogar.

Pero el día que le cancelaron un viaje de negocios y volvió inesperadamente a casa, no le quedó más remedio que toparse de bruces con lo inevitable. Lo vio con sus propios ojos, y sintió cómo una desazón profunda e incontrolable se le agarraba a lo más hondo de su ser. Para soportar lo insoportable, su mente se distanció de su cuerpo y observó desde afuera la situación. No gritó, no le pegó, ni siquiera le pidió una explicación que de nada serviría ante la monstruosa realidad. Solo esperó, y cuando él salió de la habitación conyugal, dejando a la niña dentro, y la encontró en la cocina, ella le clavó en la yugular el cuchillo más grande que tenían. Una vez y otra y otra, por todo el cuerpo, hasta asegurarse de que estaba bien muerto. Después huyó de allí para no volver nunca más.

Si Emma ya me había causado una profunda impresión, a partir de aquel momento en que me hizo partícipe de su trágica historia pasé a sentir una férrea empatía hacia ella. Había escapado de una vida anterior, y era una simple superviviente. Sentí que ambas estábamos solas. Ambas nos habíamos distanciado a miles de kilómetros del lugar que nos había visto crecer. Yo, tratando de conquistar un futuro. Ella, tratando de olvidar un pasado.

SIETE

Aquella noche Emma se quedó conmigo hasta el amanecer. Después se fue. Durante un tiempo no volví a verla, pero sabía que estaba allí, en alguna parte. Yo, por mi lado, hice lo que me había dictado. Me mantuve unos días en casa, y después volví a salir, poco a poco, primero a dar pequeños paseos, y después, a medida que iba volviendo a coger seguridad, me fui acercando de nuevo a *Tenderloin*. Una mañana en la que el sol brillaba con fuerza hice acopio de valor y llegué hasta el rincón de la callejuela en la que había sucedido todo. Por supuesto no había ni rastro y aún así, me quedé observándolo como hipnotizada. No sé cuánto tiempo pasé así.

Ella debía de saber que yo acabaría yendo allí, porque de repente oí su voz.

—Ya ves que nada ha cambiado en el mundo. Al menos, nada a peor. Este rincón apestoso y miserable sigue igual, ajeno a las desdichas que haya podido acoger. ¿Quieres un consejo? Sigue con lo que estabas haciendo. Vuelve al refugio, y ayuda a las buenas personas que lo necesitan.

Regresé sobre mis pasos y reflexioné sobre todo aquello. Mentiría si dijera que esa noche no reviví la pesadilla. De hecho, la reviví muchas veces traicionada por la mente cuando al fin conseguía dormirme y aún hoy a veces turba mi descanso. Pero sabía que Emma tenía razón. Más que nunca, tenía que reencontrar la bondad. Para no perderme del todo. De modo que volví al refugio, y aquello ejerció como un bálsamo en mi machacado espíritu. Había muchas caras que ya me resultaban familiares, amigos con quienes había compartido café y cigarrillos, otros que al menos ya no me miraban con las suspicacias iniciales. Incluso quienes venían por primera vez parecían percibir en mí algo especial, bien fuera por las reacciones que veían en los demás, o bien por el compañerismo que yo irradiaba.

Pasó el tiempo y todo volvió a la normalidad. Me mudé a un apartamento más barato para poder estirar mis exiguos ahorros, pues después de todo, no necesitaba los lujos del anterior. A decir verdad cada vez me parecían más absurdos. La conexión a internet, el sistema de televisión por cable para permitirme ver cuarenta canales como si acaso eso fuera posible, un teléfono al que nunca me llamaba nadie, una lavadora que ponía como mucho dos veces al mes. No entendía cómo podía haberlos necesitado en algún momento. En aquellas personas, en aquellos ojos bondadosos encontraba todo lo que podía precisar.

Emma comenzó a venir al albergue. Había temporadas en las que desaparecía, y otras en cambio acudía con relativa asiduidad. Nunca sabía cuándo podía esperarla, ella sólo se presentaba y aguardaba su turno en la cola para que le sirviera su ración de potaje, o se sentaba junto a mí en un banco y me acompañaba a tomar mi taza de café. Su perro Tom siempre la escoltaba, jamás se alejaba más de unos metros de ella. Lo que sentían el uno por el otro era pura adoración. A veces ella y yo solo compartíamos silencio, pero eso nos bastaba a ambas, porque ese mutismo acompañado era probablemente lo mejor que podíamos ofrecernos. Otras veces, en cambio, Emma tenía ganas de charlar, y me contaba chismes de unos y otros. Me hacía fijarme en detalles que a mí me pasaban desapercibidos. Cómo Susan suspiraba por Thomas, o la influencia de la luna en el estado emocional de Jonas.

Desde el día de la agresión, mi locuacidad parecía haberse disipado para siempre. Ahora prefería escuchar. Escuchaba a todos los que pasaban por allí, normalmente con una gran necesidad de saberse comprendidos, o tan solo de que alguien les prestara un mínimo de atención. Una cosa tan simple como hallar a alguien con quien mantener una charla podía suponerle una tabla de salvación a quien nada tenía. Saber que importaban aunque fuera a una sola persona en este mundo era un motivo suficiente para no desfallecer, para continuar naufragando en un océano adverso un día más.

Pero sobre todo, yo escuchaba a Emma. Cuando hablaba sólo tenía oídos para ella. Me había cautivado completamente y todo cuanto decía, por banal que a otro hubiera podido parecerle, a mí se me hacía de una trascendencia absoluta.

Puede que te preguntes por qué cambié mi vida anterior por aquélla. Bien, como ya he tratado de explicar, no la cambié, sino que ésta me encontró a mí. Yo no quise tener que volar nueve mil kilómetros para encontrar un futuro. Yo no quise que me echaran como a un perro del trabajo al que me había dedicado en cuerpo y alma. Yo no quise verme perdida en un mundo que no comprendía. Pero en esa vida que yo no busqué, hallé una sensación de serenidad que nunca antes había conocido. Sí, podría decirse que, a pesar de aquel fatídico accidente, en aquella época fui más feliz de lo que lo he sido nunca.

Pero un día ocurrió algo que vino a desestabilizar la frágil paz que habíamos alcanzado.

Desde la primera vez que le vi supe que las cosas se complicarían. Llegó con malos modos a la hora de repartir las plazas para dormir y empujó a Thomas, que aguardaba pacientemente en su lugar de la fila. Se le cayó al suelo la vieja muleta, sin su apoyo perdió el equilibrio y si Josephine no le hubiera agarrado a tiempo, habría caído torpemente al suelo.

Comenzó a venir cada día, a veces para comer y otras simplemente para pasar la noche. No respetaba nada, ninguna de las sencillas normas sociales con las que nos gobernábamos para que aquello no fuera un caos permanente, incluido el sacrosanto puesto en la cola que significaba tener o no un lugar a cubierto donde esperar un nuevo día.

Sus formas agresivas intimidaban a la mayoría y creaban un ambiente de excesiva tensión. En una ocasión Julian se le encaró y ambos se enzarzaron en una pelea absurda de la que mi pobre amigo salió bastante malparado. A pesar de todo quise tratarle como a uno más, en el convencimiento de que su agresividad era, como en tantos otros, un escudo con el cual guarecerse de más pesadumbre de la que ya llevara a las espaldas. Pero con él me equivoqué. Hacía las cosas por pura maldad. Carecía de empatía con el resto del mundo. Poco a poco me fui dando cuenta de que era un cáncer para la comunidad que habíamos creado. Su vileza funcionaba como un multiplicador. Creaba irritación, rabia, ganas de venganza a su alrededor. Las peleas entre el grupo comenzaron a ser más frecuentes. No tenían necesariamente que ver con él, era una simple e inconsciente forma de desahogo ante la frustración que suponía una continua amenaza.

Seguía creyendo en la bondad humana, pero también me di cuenta de que era éste un concepto muy frágil, que puede quebrarse con facilidad en cuanto alguien no encaja en el conjunto, en cuanto se salta las reglas de mutuo respeto no escritas. Me sentía fracasada, incapaz, porque aquel indeseable no tenía ninguna intención de irse, y tenía tanto derecho a estar allí como cualquier otro. No tenía recursos, de modo que nadie podía echarle. Ni se atrevía tampoco.

Como en cualquier otro submundo, una vez que te sumerges dentro descubres que todo está interrelacionado, que quien más y quien menos se conoce o conoce a alguien que a su vez conoce a alguien. Los indigentes de San Francisco no constituían una excepción, por extenso que desgraciadamente fuera este colectivo. Era un entramado lleno de conexiones en el que todo se acababa sabiendo. Por eso, a través de una habitual del reparto de raciones, supimos que era reincidente por malos tratos y aunque había cumplido su condena en el presidio, seguía teniendo una orden de alejamiento de su mujer, que se saltaba cuando le venía en gana.

Siguió con su dinámica de intimidación en nuestro pequeño refugio, en lo más parecido a un hogar que muchos de los que estaban ahí iban a encontrar. Una tarde se ensañó con el pequeño Adrian. Le había atizado una paliza tremenda y le hallé en el suelo, con la respiración aún entrecortada y una costilla rota. Ahí fue donde ya no pude más. Tras ayudarlo a levantarse, llevármelo al botiquín y lograr que se calmara y me contara lo que había sucedido, le dejé tumbado en una habitación retirada y regresé al parque, donde me senté en el suelo a sollozar de pura impotencia. Permanecí así durante varios minutos, hasta que Emma se me acercó.

—Este es el tipo de persona que no merece vivir —le espeté cargada de rabia.

—Así es. Veo que lo entiendes —la frialdad con la que pronunció esas palabras me sacó de mi llorera y la miré con estupor.

—¿Recuerdas el tipo del callejón?

Asentí con un escalofrío.

—¿Alguna vez has lamentado que muriera?

—No —contesté sin el menor asomo de duda.

—Lo sé. Y aunque creas que es venganza lo que sientes, no es así. Simplemente, hay personas que es mejor que no vivan. Han nacido solo para hacer el mal, y a causa suya este mundo está lleno de sufrimiento. Aquel tipo no era peor que éste.

No hizo falta que Emma añadiera mucho más, pues desde aquella conversación comprendí lo que iba a ocurrir.

Cada mañana al ir caminando hacia el asilo sentía una garra oprimiéndome la boca del estómago, temiendo la noticia con que sería recibida. Hasta que me la dieron.

—Se murió, se murió —Adrian, aquel débil muchacho un poco retrasado que tanto acoso había soportado, pegaba grititos de satisfacción.

—¿Quién se murió? —pregunté, barruntando la respuesta.

—El matón, el matón se murió. Se cayó por las escaleras y se desnucó. Así, así se quedó— torcía el cuello en un gesto imposible con una mueca desfigurada.

Yo misma me encargué del papeleo. Lo había hecho otras veces, cuando fallecía una persona indigente sin familiares, o al menos sin parientes que lo reclamaran, porque a veces suponía tener que hacerse cargo de un desembolso que muchos no podían o querían soportar. Si no habían ayudado en vida al familiar en cuestión, ¿por qué iban a hacerlo una vez muerto?

Rellené toda la documentación pertinente y aquella misma tarde le incineraron. Es cierto que fue algo apresurado. Pero yo misma quise que así fuera. Sabía que era mejor que a nadie le diera por cuestionarse cómo había podido ocurrir ese accidente.

Después de él vinieron otros, pero nunca hablábamos de ello. Ya no hacía falta. Cuando alguien perverso se cruzaba en nuestro camino, cuando percibíamos que no había posibilidad de

redención, yo sabía que no tardaría mucho. Reconozco que las primeras veces se me hacía difícil. Una profunda náusea se adueñaba de mí y no podía contener las arcadas cada vez que obtenía la confirmación. Pero después fui asumiéndolo con una naturalidad que hasta a mí me sorprende.

¿Que por qué nunca la delaté? Bueno, ésa es una pregunta muy fácil de hacer desde el plano moral que nos permite la distancia de la teoría. Pero la ética no es cosa de discursos ni manuscritos. La ética ha de asumirse cuando convives a tu lado con un canalla, con un violador, con un maltratador. Y sabes que cada día va a torturar a personas que no han hecho otra cosa en su vida más que resistir. Tú puedes alejarte, pero ellas no. Va a ir a por ellas porque son débiles, porque no tienen capacidad de defensa, y se va a cebar de forma implacable. Si existe la posibilidad de que nadie más sufra, y hay alguien dispuesto a llevarla a cabo, ¿se lo impedirías tú?

Yo no solo no traté de disuadirla, sino que me hice cómplice en silencio. Emma era una heroína para mí. Había sido capaz de levantarse tras uno de los golpes más duros que la vida pueda asestar, y no solo eso, sino que ponía de su parte para que otras personas como ella no tuvieran que sufrir más. De modo que poco a poco yo misma fui contribuyendo a señalar los siguientes en la lista. Cuando adquieres esa capacidad de observación que ella pacientemente inculcó en mí, no hace falta mucho para saber si estás enfrente de una persona machacada por las adversidades de la vida o si es simplemente alguien sin escrúpulos, con satisfacción para hacer el mal. Esos últimos eran los que había que eliminar.

Era tan generosa que me dejaba al margen de esa parte, porque comprendía que yo seguía siendo más sensible. Cómo lo hacía, era cosa suya. Yo solamente sabía lo mismo que el resto. Una caída accidental, un mal golpe, un infarto, una reyerta callejera... A veces se daba por muerte natural sin más, y otras las cosas no salieron tan bien y hubo quien sospechó, incluso en alguna ocasión se puso en manos de la policía. Pero pronto los dieron por perdidos, pues al fin y al cabo quienes acudían por el barrio de *Tenderloin* no importaban demasiado a la sociedad. La hipocresía les llevaba a incoar un expediente, pero en realidad no le prestaban el más mínimo interés ni recursos, pues no suponía un trastorno que un miserable, un desecho humano menos ocupara la ciudad. Si, como era el caso, ese desgraciado era un delincuente con más de una causa a sus espaldas, suponía un alivio haber desembarazado de esa carga al Estado. No pasaba mucho tiempo antes de archivar el caso sin resolver ante otras prioridades o darlo por cerrado con una explicación maquillada de dudosa credibilidad, y se continuaba velando sin remordimientos por la paz y seguridad ciudadana.

Y ahí fue donde estuvo el error. En olvidarnos de que no todos somos iguales ante la ley.

OCHO

Un lluvioso y encapotado día Harry apareció en nuestras vidas. Llegó al refugio calado hasta los huesos. Vestía ropas de calidad, y aunque sucio, mojado y desastrado, se veía de lejos que no procedía de un barrio sin oportunidades ni había pasado por la etapa de vida en la calle que otorga inevitablemente un desafecto y una dureza de la que él carecía. Parecía estar escondiéndose de algo. Si no fuera por esas buenas maneras y apariencia de posición acomodada, nadie le habría dado más importancia, pues allí quien más y quien menos huía de algo.

Tanto Emma como yo fijamos los ojos en él. Tratamos de acercarnos y no fue fácil. El chico estaba aterrado pero poco a poco fue depositando su confianza en nosotras. Cada día, después de comer, le invitábamos a unirse en nuestro rincón del parque. Le hablábamos del refugio, de las personas que lo ocupaban, de nuestras vidas, y, tal y como Emma se ganó en su día mi simpatía, del mismo modo nosotras nos ganamos la de Harry.

Nos contó que tenía dos hermanos más pequeños, y que su vida había transcurrido de forma pacífica junto a ellos y sus padres en un barrio de Palo Alto, a poco más de media hora en coche de San Francisco.

Más que pacífica, diría yo. Palo Alto es probablemente la ciudad con los precios más caros y el nivel de vida más alto de todos los Estados Unidos. Perfectamente interconectada y situada estratégicamente en el corazón de Silicon Valley y a tiro de piedra de la Universidad de Stanford, es el lugar que muchas familias acaudaladas eligen para vivir, con su seguridad, sus zonas verdes y los personajes de renombre que la habitan y prestigian.

Harry era uno más de los jóvenes de esas acomodadas familias que había seguido los previsibles pasos que sus progenitores esperaban de él. Con un expediente académico brillante, estaba finalizando sus estudios universitarios de ingeniería informática en Stanford, a donde iba y venía cada día con su bicicleta eléctrica.

Con él hice lo que nunca hasta entonces me había atrevido a hacer con ningún hombre. Seducirle. Me fascinaba su pelo rubio revuelto, sus ojos grises asustados, la inseguridad típica de la primera juventud acentuada en él por el misterio que llevaba consigo.

Emma me censuraba cuando me pillaba contemplando sin disimulos su torso atlético, sus piernas bien torneadas tupidas de vello del mismo tono claro que el de su cabello sedoso y su barba incipiente de varios días. Pero yo no podía ni quería evitarlo. Al principio él se sorprendió. Pero, aunque le sacara unos cuantos años, yo aún soy joven y tengo atractivos que sé explotar. Lo suficientemente joven para interesarle y lo suficientemente madura para atraerle sin remedio.

El sexo con él fue algo más que ardiente. Vertiginoso, explosivo, inagotable. Nunca imaginé nada igual. Nos enredábamos con un ímpetu irrefrenable, con una voracidad sin límites. Caíamos rendidos por el cansancio y nada más despertarnos volvíamos a empezar. Ambos experimentamos nuevas sensaciones, posturas imposibles, juegos impensables. Pero lo nuestro no era amor, era simple deseo basado en una imperiosa necesidad de conexión. Porque ambos estábamos perdidos y lo sabíamos, por eso nos aferrábamos al otro con furia desesperada.

Descuidé todo lo demás. Durante aquel corto periodo vivía para él y él vivía para mí. El

resto no contaba, solo el tiempo que pasábamos el uno confundido en la piel del otro. Conocía el olor y el sabor de cada centímetro de su piel, sus zonas secretas más vulnerables al placer, sus fantasías más recónditas. Sí, sé que puedo llegar a ser obsesiva, y me obsesioné con Harry hasta lo más intrínseco de mi ser. A cambio, él me devolvió la misma compulsiva dependencia.

Fue Emma quien lo estropeó, pero no puedo recriminárselo. Aquello no podía durar eternamente. No tenía sentido, además.

Ocurrió una tarde en que él había salido a por algo de comer, pues a menudo nos olvidábamos incluso de nuestras necesidades más básicas y la despensa podía permanecer prácticamente desierta durante días. Vino a visitarme y me recordó nuestra misión. Me hizo ver que la estaba olvidando, y también que desconocíamos por completo los secretos que ocultaba mi joven adonis. Así que juntas decidimos que era el momento de sacárselos. Yo era consciente de que una vez que nos confesáramos el uno al otro, todo acabaría. Aquella pasión irrefrenable ya no sería posible, aquella alucinación de intimidad, de unión, se diluiría para siempre y sólo restaría la tristeza compartida de sabernos solos, perdidos y traicionados por la vida.

NUEVE

Le abordé aquella misma noche tras uno de nuestros delirantes encuentros, aún desnudos sobre el cochambroso catre de mi apartamento, aprovechando la debilidad que propicia esa sensación falsa de intimidad de los placeres mutuamente satisfechos.

No se resistió. Creo que en el fondo él también sabía que aquel momento llegaría, y que una parte de él necesitaba que así fuera. Los secretos inconfesados son un lastre demasiado pesado que sobrellevar, yo lo sé bien.

Con gesto grave, me relató sin interrumpirse una sola vez lo que le había llevado hasta aquel presente de locura en el que ambos naufragábamos.

Harry había sido testigo de un asesinato. El autor lo sabía y había tratado de acabar también con él. Por eso había huido, dejando atrás su familia, sus estudios y toda su vida. Lo que había presenciado era tan surrealista que estaba convencido de que nadie le creería. Tenía todas las de perder y era consciente de ello.

Sucedió de la forma más fortuita, de esa forma en que un día el destino, sin más, elige complicarnos nuestra simple existencia. Una mañana en la facultad, tras una conferencia magistral de un alto magnate de los negocios, se dirigía a una tutoría de la especialidad en la que quería iniciar su doctorado, cuando al aproximarse al despacho escuchó gritos y se quedó inmóvil sin saber si seguir adelante. El conferenciante discutía acaloradamente con su profesor a causa de una patente de software. Quería la exclusividad para su empresa, y éste se negaba rotundamente. Argüía que impediría el desarrollo de proyectos en los que la Universidad estaba inmersa y que era un bien público que debía compartirse. Semiescondido tras la puerta, oyó cómo el magnate le amenazaba en un arrebato de ira. Al llegar a casa no pudo evitar investigar sobre la patente en cuestión y en poco tiempo comprendió con estupefacción lo que significaba. Veinte años de monopolio y millones de dólares estaban en juego. Aquel incidente le arrebató el sueño y no paró de darle vueltas durante semanas, hasta que, tras muchas noches de estudio y desvelo, decidió ir a hablar con su tutor. Creía haber dado con una solución brillante, un resquicio que les permitiría poder seguir utilizándola sin dejar fuera a la empresa privada.

Esa mañana se dirigió a la facultad pletórico y al mismo tiempo hecho un manojo de nervios por el recibimiento que tendría su propuesta. Sin embargo, nada más entrar comprendió que algo no iba bien. Una corriente fúnebre flotaba en el ambiente y le imbuyó de un nefasto presentimiento. Al alcanzar la puerta de su tutor, comprobó que el despacho estaba repleto de gente con aire circunspecto, comenzando por el propio decano de la facultad.

—Lo siento, chico, no puedes estar aquí —escuchó una voz cortante.

—Estoy buscando al profesor Schmidt.

En ese momento varias personas se giraron y le miraron con curiosidad.

—Pero... ¿es que no te has enterado? —dijo alguien al fin—. El profesor Schmidt tuvo un accidente de tráfico ayer al regresar a su casa. Falleció al instante. A las doce habrá una misa en su honor.

Al principio mi joven amante tuvo sus dudas sobre lo ocurrido. Quería creer que era obra

de una fatal casualidad, pero una sombra de duda se cernía sobre él. De duda y de miedo, porque presa de la impaciencia y el entusiasmo, había cometido un error garrafal. Envío un correo a su tutor la tarde antes comunicándole la intención de proponerle un plan sobre aquel problema que hasta entonces nadie sabía que conocía y anunciándole que acudiría al día siguiente para detallárselo. Él mismo se delató. Por supuesto, el profesor Schmidt nunca recibió ese correo. Pero sus comunicaciones debían estar controladas, porque hubo alguien que sí lo leyó y comprendió el peligro que Harry suponía. Y ese alguien no estaba dispuesto a dejar ningún rastro.

Pronto aquellos recelos no tardaron en despejarse, y a su pesar la certeza le alcanzó. Una mañana de camino a la facultad, como en la más previsible de las películas de acción, un todoterreno con cristales tintados trató de arrollarle. Quiso la fortuna que supiera reaccionar a tiempo, y con un lúcido acto reflejo se lanzó con la bicicleta pendiente abajo, saliendo de aquel embate con poco más que unos buenos cardenales.

A partir de entonces su vida se convirtió en una pesadilla. Abandonó los pedales y comenzó a usar el transporte colectivo. Evitaba quedarse solo bajo cualquier circunstancia y vivía en un estado continuo de pánico. Continuamente se cercioraba de si alguien le seguía o si simplemente le observaba más de la cuenta. Llegó a pensar que iba a volverse loco. Sin embargo, durante unos meses no ocurrió nada, y paulatinamente comenzó a sentirse menos inseguro, a querer creer que quizá un exceso de imaginación le hubiera jugado una mala pasada y solamente hubiera sido un conjunto de desagradables casualidades, o bien que quien estaba detrás de aquello se había convencido de que un chico como él no le suponía ningún peligro.

Una tarde que fue a tomar el autobús a una hora menos concurrida de lo normal, unos matones le estaban esperando en las afueras de la facultad. Seguía estando alerta a cualquier movimiento o persona extraña, de modo que los cazó a la primera. Puso tierra de por medio, pero aún así fueron a por él, tratando de introducirle en una furgoneta. Por segunda vez la fortuna y su instinto de supervivencia hicieron que lograra escapar. Le embargó la certeza de que podría no haber una tercera, de modo que dejó una carta a sus padres donde les relataba una patraña poco creíble sobre un distanciamiento provisional ante la necesidad de conocerse mejor a sí mismo, y emprendió la huida sin despedirse de nadie.

Y así fue como, sin saber donde ir, tras unas cuantas malas experiencias errando por los suburbios de San José y otras ciudades del sur de la bahía, acabó recalando en aquel mísero refugio de *Tenderloin*.

DIEZ

Cumplí con mi compromiso para con Emma y le conté la historia de Harry, aún sabiendo lo que supondría hacerlo. En verdad a mí también me había conmocionado. Un chico guapo e inteligente como él, condenado a vivir escondido por un cabrón asesino que ponía la vida de gente inocente al servicio de sus dólares.

Ella hiló el plan, pero esta vez no era tan sencillo como las anteriores. Me necesitaba, y yo accedí a participar. Emma nunca podría haberse acercado como yo lo hice. Y sentía que se lo debía a Harry.

Volví a uniformarme con mis trajes de negocios que tenía arrinconados en una esquina del guardarropa, y comencé a acercarme a él.

Con mis años de experiencia como jefa del departamento contable en una reconocida empresa de la ciudad no me fue difícil que me contrataran para un modesto trabajo en una de sus filiales, y comencé a poner en práctica nuestra estrategia. Él despachaba allí una vez a la semana. Se reunía con el consejo de dirección y después se iba a almorzar con el gerente. De modo que tenía una oportunidad cada siete días, y no la desperdiciaba. Me valí de las más burdas excusas para acercarme a él. Coincidir en el ascensor e iniciar una tonta conversación, tropezarme haciéndome la despistada en un pasillo, compartir un taxi con el pretexto de ir en la misma dirección... No permití que hubiera día que pasara por allí sin haber advertido mi presencia, tejiendo con apariencia de casualidades un encuentro tras otro. ¿He dicho ya que soy muy obsesiva? ¿Y que no soporto el rechazo? En aquellos días no tenía otro objetivo más que aquél.

Al principio no reparaba en mí, probablemente habituado a chicas monas que trataban de llamar su atención, pero mi perseverancia y mis ridículos encontronazos, a veces demasiado torpes y previsibles, por fuerza tenían que generarle al menos algo de curiosidad, e hicieron que acabara interesándose. Se encontró en bandeja un cuerpo joven y sugestivo deseando satisfacerle, y ante ello no le supuso gran esfuerzo sucumbir.

No es que sea una modelo espectacular, pero como ya he dicho, tengo mis atractivos y sé cómo utilizarlos. Mi melena morena, larga y lacia, que cepillaba con más esmero que nunca para que luciera sedosa como en un anuncio de champú, mi piel aceitunada enfatizada gracias a los colores apropiados en mejillas y párpados, y mis formas curvas pueden, bien manejadas, resultar bastante cautivadoras.

De modo que lo logré. Me metí en su cama, en su cuerpo, y casi hasta en su mente. En verdad no hubiera sido necesario tanto, lo reconozco. Mentiría si dijera que no disfruté. Pero no era ésa la verdadera razón. Quería estar segura de su maldad antes de dar el paso. Porque esta vez era yo quien tenía que darlo.

Todo estaba perfectamente calculado.

Aquella noche ejecutaríamos el plan. Su mujer se había ido a pasar unos días con la familia, de modo que conseguí que quedáramos en su casa. Nada de restaurantes ni de hoteles, ni

de ningún lugar con más testigos de la cuenta. Totalmente solos, Warren y yo. Él se encargaría de la cena y yo llevaría un buen vino. Cada detalle había sido diseñado para la noche perfecta.

Emma estaría esperando en los alrededores. Una vez que recibiera mi señal, nos encontraríamos en el lugar acordado y la ayudaría a colarse en la lujosa urbanización. Para entonces Warren ya estaría sedado. Ella se encargaría de su parte y después entre las dos eliminaríamos todo rastro de nuestro paso por allí. Habría un villano menos en el mundo, y un chico más con un futuro prometedor que podría al fin retomar.

Al principio todo fue tal y como lo habíamos previsto. Él no sospechó nada, encantado con su velada romántica que le sustraía por unas horas del sopor de la vida conyugal, con el ego bien henchido seguro de tenerme conquistada y probablemente deleitándose en lo que vendría después. Echarle el somnífero en el vino fue la cosa más sencilla del mundo. Cuando logras que alguien confíe en ti, no hay nada más fácil que engañarle. Especialmente si ese alguien te subestima. Entonces, además de increíblemente simple, es divertido y placentero. Recrearte en saber que te cree inferior mientras es justamente al contrario.

Pero luego todo mi temple y mi seguridad se fueron al garete.

Aún no sé por qué Emma me abandonó aquella noche. Después, nunca me he atrevido a preguntárselo. Quizá llegó el momento, quizá pensó que había intervenido demasiado en su *leitmotiv* y era hora de ponerle fin a mi implicación.

Allí le tenía, totalmente drogado, diciendo sandeces y tratando de meterme mano cuando no se sostenía ni siquiera en pie. Podría simplemente haberme largado y ya está, pero era tarde. Además de cruel, Warren no tenía un pelo de tonto, y cuando se le pasara el efecto habría sospechado y me habría complicado la existencia. Quizá incluso me hiciera seguir y diera con Harry, y no podía permitirlo. Mi misión era liberarle, no darle el golpe de gracia que acabara con él. Todo eso pensé en aquellos momentos de angustia.

Había que tomar una decisión, y la tomé. Decidí seguir adelante. Me tumbé sobre él en el primoroso sofá color pastel a juego con el resto del decorado y le quité la ropa de forma apremiante, con un punto salvaje que desentonaba con el ambiente cursi enfermizo que su mujer, o quizá una decoradora horrible, había creado. Él se dejaba hacer, medio dormido y encantado. Entonces, reuniendo toda mi sangre fría, agarré un espantoso cojín de ganchillo rosa palo y se lo aplasté sobre el rostro. Oí su risa sofocada, pensando que era un juego, pero seguí apretando, y él resultó no estar tan sedado o ser demasiado vigoroso para mis cálculos. Logró desembarazarse del cojín y me miró fijamente. Primero con sorpresa, después de una forma que me traspasó. Me había descubierto. Comenzamos a luchar. Si no hubiera sido por el somnífero yo no habría tenido ninguna posibilidad, pero de ese modo las fuerzas estaban bastante igualadas. Me agarró por las muñecas y tras un forcejeo logré soltarme. Corrí por la casa, me siguió. Le tiré todo lo que encontré a mi paso, y tras unas cuantas vueltas acabé encerrándome en un dormitorio. Allí traté de tranquilizarme, de pensar, y en cuanto fui capaz de dominar los nervios y ver con claridad, me maldije por una decisión tan estúpida. Me había atrapado yo misma, y él solamente tendría que esperar a que el ratón saliera de su madriguera. Los minutos transcurrían lentamente, y yo, cada vez más angustiada, me debatía en la duda sobre cómo escapar de aquella situación hasta que tuve el convencimiento de que debía enfrentarle antes de que el efecto del tranquilizante se diluyera, o perdería cualquier opción de salvarme.

Para cuando abrí la puerta fue demasiado tarde. Estaba allí esperándome, ya despejado con el giro que habían tomado los acontecimientos, totalmente erguido y con una sonrisa malévola que hasta entonces no le había visto. Me agarró por los pies y me sacó a rastras de la habitación.

—¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé lo que intentabas? Eres tú la que va a

desaparecer sin rastro, estúpida zorra.

Me vi transportada en medio de aquel caos sin poder hacer nada para liberarme. Aún boca abajo, miré desmoralizada a mi alrededor y solo entonces vi a Emma. Estaba allí, en el salón, totalmente quieta. Iba a gritar cuando me acalló con un duro gesto. Yo no entendía nada, aguardé a que hiciera algo, a que me ayudara como ella sabía, pero no se movió. Tras un instante interminable en que sostuvimos nuestras miradas en una especie de desafío, me indicó lo que tenía que hacer con una única seña y se dio la vuelta para irse. Enfoqué la vista en la dirección que me había marcado y lo vi. Un atizador de hierro forjado reposaba al pie de la chimenea, a menos de un metro de mí. Lo agarré al vuelo y cuando, unos segundos después, él se dio la vuelta y me alzó, se lo clavé hasta el fondo, sintiendo cómo el afilado gancho traspasaba sus vísceras. Esperé aún hasta asegurarme. Hasta que la sangre emergió a borbotones por la mandíbula desencajada y él dejó de respirar. Una vez cumplido mi cometido, salí corriendo de allí sin mirar atrás.

EPÍLOGO

La policía no tardó mucho en venir a buscarme. Mis huellas estaban por todas partes, incluido el atizador que aún encontraron clavado en el torso de Warren. Ya, sé que debí haber aprendido algo de Emma, pero cuando me dejé sola, me sentí perdida. Yo no soy capaz de hacer estas cosas. Era ella, solo ella quien tenía la suficiente sangre fría para hacerlo.

A veces he pensado que me tendió una trampa. Pretendía verme caer, no quería que siguiera ayudándola. ¿Por qué? No lo sé, eso no lo sé. Cuando viene a visitarme, no hablamos. Simplemente se sienta aquí, junto a mí en el estrecho camastro, y compartimos el silencio con el que antes tanto disfrutábamos. Solo a veces me habla de la niña que abandonó en el camino, tanto tiempo atrás. Entonces la abrazo, y ambas nos reconciamos un poco con el mundo. Sus visitas siempre me dan serenidad y seguridad en mí misma.

Una vez que dieron conmigo y empezaron a tirar del hilo, otras muertes fueron saliendo a la luz. Defunciones demasiado casuales, demasiado cercanas, demasiado conectadas. Admití la autoría de todas como propia, a ella la dejé fuera. Harry me ayudó en eso, y también mis amigos del refugio de *Tenderloin*. Cuando les llamaron a declarar, ninguno mencionó a Emma jamás. Creo que en el fondo todos sabían que era importante que siguiera su camino.

Harry fue quien me lo contó. En los primeros meses vino varias veces a verme, aunque con el tiempo dejó de hacerlo. No me importó. Lo único que me molestaba es que conmigo tampoco quisiera hablar de Emma. Parecía no recordar todos los cafés que tomamos juntos, todas las tardes en el parque esperando que llegara la hora para conseguir la plaza nocturna en el albergue. Eso me fastidiaba un poco, pero a la misma vez me aliviaba que la dejaran en paz, que nadie se inmiscuyera en nuestra relación. De alguna forma, mi obsesión también la alcanzó a ella. De alguna forma, sentía que Emma era un poco mía.

Con respecto a Warren Olsen, una vez ajusticiado todo se aclaró. Se le investigó exhaustivamente para aclarar las razones de su muerte, y ahí fue donde comenzó a hacerse público un inmenso entramado de corruptelas, coacciones y amenazas en torno a sus actividades empresariales. Todo aquello se fue publicando diariamente en la prensa, que le prestó una desmedida atención morbosa durante semanas, y Harry pudo entonces hacer acopio de valor e ir a denunciar su historia. Lo que antes probablemente ni se hubiera tomado en serio, ahora en cambio se acogió con la mayor de las prioridades. Hubo mucho revuelo, y tras un largo juicio se le condenó a título póstumo como inductor en el asesinato del profesor Schmidt, así como en los intentos de homicidio al propio Harry, junto a los coautores materiales y varios de sus cómplices en diversos grados.

Harry pudo regresar a Palo Alto con su familia, que le recibió como si acabaran de recuperar un hijo perdido, y efectivamente así había estado a punto de ser. Aquella experiencia traumática le había cambiado, le había abierto los ojos ante una realidad mucho más compleja de la que conocía en su reducido mundo, y decidió no continuar con su proyecto de vida anteriormente trazado. Finalizó la carrera pero en lugar de retomar sus previsiones para el doctorado se tomó un año sabático para estar seguro de lo que quería hacer con su vida a partir

de entonces.

Una de las veces que vino a verme, Harry me contó que había adoptado a Tom. En una ocasión que fue a San Francisco de compras con su familia sintió la necesidad de acercarse al refugio que le había protegido durante aquel tiempo, y a saludar a viejos conocidos con quienes había compartido soledad. Entonces lo vio. Estaba allí tumbado, con aspecto triste, más descuidado y lastimoso que nunca. Un hombre que llevaba poco en el albergue le dijo que siempre estaba allí, como si esperara permanentemente a alguien. De modo que se lo llevó consigo. Supongo que ahora tiene una vida infinitamente mejor, en un gran jardín con su propia caseta de madera, permanentemente aseado, cuidado por un buen veterinario y con pienso de la mayor calidad a disposición a todas horas, y me alegro, pero no logro entender cómo Emma pudo abandonarle. A mí sí, lo he aceptado pero ¿por qué a Tom? O, lo que es más difícil de entender, ¿por qué Tom a ella? Ese chuchito fiel la seguía dondequiera que fuese.

No sé cuánto tiempo seguiré aquí. Dicen que puede alargarse durante años, sobre todo si, como es el caso, se inicia un procedimiento de apelación. Una oenegé encargada de salvaguardar los derechos humanos se ha empeñado en mi caso. Alguien de la delegación española que estudiaba la situación de compatriotas en el corredor de la muerte reparó en mí. Primero intentaron llevarme de vuelta a España, donde mi pena podría conmutarse por años de cárcel, pero aquello fue rápidamente desestimado. Ahora han tirado por la vía de la enfermedad mental. Han alegado que el abogado que llevó el caso en su día no examinó mis facultades mentales ni mi pasado, y por tanto no se garantizó debidamente mi derecho a la defensa, y han exigido exámenes médicos que nunca se hicieron. Me han realizado una serie de pruebas para determinar si comprendo la gravedad de los cargos que se me imputan y de los delitos cometidos y un montón de tests que al principio me entretenían, sobre todo los de figuras geométricas que tenía que reproducir, los de verdadero o falso, o los de memorizar cosas absurdas. Me recordaban los de las películas que veía en los ratos perdidos de sofá, y además salía por unas horas de esta celda minúscula que a veces me ahoga.

Pero al final acabé por hartarme y me negué a seguir con los juegucitos. Sobre todo desde que empezó a venir un imbécil que se las daba de enrollado y la había cogido con hablar de mi niñez. Yo solo quiero que me dejen en paz, pero él insistía en el tema una y otra vez. Monté un pollo de escándalo y lo conseguí, pues de momento han dejado de darme la lata. Aquel tipo desde luego no volverá, no salió muy bien parado. Cuando se acercó para demostrarme un fingido afecto que me hiciera hablar, le dejé la oreja como a aquel desgraciado del callejón.

Finalmente parece ser que el juez que lleva el caso ha estimado la procedencia del recurso y van a volver a juzgarme. La abogada de la oenegé ha tejido una intrincada estrategia de defensa en la que esgrime que tengo trastornos esquizofrénicos y algo llamado disociación de personalidad, y que en lugar de ejecutarme tienen que mandarme a un psiquiátrico. Ella sabrá lo que hace. A mí que me tachen de loca o de asesina me da igual mientras Emma quede libre de culpa. Esa señora que me mostró cómo se puede conservar la dignidad, la entereza, la bondad a pesar de toda la crueldad que nos rodea, a pesar de toda la que ha tenido que ver con sus propios ojos. Una persona que ha sido capaz de sobreponerse a todo eso no merece un corredor de la muerte. Merece poder seguir siendo valiente y contribuir a reducir el dolor ajeno, a construir un mundo más piadoso.

Mientras tanto, yo seguiré viendo pasar los días entre estas cuatro paredes de siete metros cuadrados y evocando los momentos más felices de mi vida. Las tardes al sol en *Tenderloin*

junto a Emma, los ojos bondadosos de los indigentes que me hicieron recuperar la fe en el ser humano, el cuerpo tibio de Harry junto al mío. Esas son las pequeñas cosas que han dado sentido y consuelo a mi existencia. No hay nada más que recordar. He borrado de mi mente mi vida anterior, la infancia que nunca pude tener, el monstruo que me tocó por padre, lo que jamás debió obligarme a hacer siendo aún una cría, los años que pasé encerrada en un trabajo gris tratando de no recordar. Solo una reminiscencia me ha acompañado desde aquella otra vida. Un viaje a un lugar lejano y maravilloso tantos años atrás, antes de que la pesadilla comenzara, en el que durante unos días todo fue perfecto. El lugar donde descubrí a los leones marinos y donde comí hamburguesa por primera vez y degusté el helado más exquisito del mundo. El resto ya no existe. Solo los buenos recuerdos de las tardes doradas de sol californiano.

NOTA DE LA AUTORA

La abogada de *Human Rights Now* luchó infatigablemente durante siete largos años. En junio de 2012 y tras varias apelaciones que pospusieron la aplicación de la pena de muerte, logró que la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos declarara a su clienta «no apta para la ejecución» en base a un trastorno agudo de disociación de la personalidad. La tenacidad y empeño personal de su defensora se vieron reforzados cuando, al tratar de localizar a algún familiar durante el proceso, supo de la tragedia acaecida en su infancia.

A pesar de los diversos tratamientos administrados, Emma sigue realizando esporádicas visitas a nuestra protagonista en el hospital psiquiátrico donde permanece recluida desde entonces.

**Susana
Martín Gijón**

Desde la eternidad



Desde la eternidad

Martín Gijón, Susana

9788409202096

324 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una ciudad tranquila como Mérida salta al primer plano de la actualidad informativa por dos crímenes casi simultáneos. El propietario de un spa ambientado al estilo romano aparece apuñalado en sus termas. Un alto cargo del gobierno regional resulta gravemente herido durante un acto público.

Parecen casos sin ninguna conexión, pero la agente Annika Kaunda no lo cree así, sobre todo cuando descubre un dato desconcertante: las armas empleadas en ambos crímenes pueden tener casi dos mil años de antigüedad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)